

LA TEORÍA DEL DESARROLLO ECONÓMICO

Horacio Flores de la Peña

(México)

El objeto del presente artículo es revisar algunas de las ideas prevalecientes sobre la *Teoría del desarrollo económico*. Este análisis estará limitado forzosamente a las contribuciones recientes que considero más importantes o interesantes. Es posible que cometa errores o injusticias, pero en otros trabajos similares podrán incorporarse contribuciones que aquí no se estudien. Pongo especial énfasis en las ideas expuestas por los profesores Baran y G. Myrdal en sus respectivas obras *The Political Economy of Growth*¹ y *Theory and Underdeveloped Regions*.² En estas dos obras, a mi juicio, se presenta un enfoque realista que explica el círculo vicioso de la pobreza. Y es precisamente el estudio realista del problema del desarrollo económico el que constituye ya una necesidad inaplazable, porque afecta a más de las dos terceras partes de la población de los países del mundo con sistema de empresa privada.

La ciencia económica se encuentra actualmente en una situación similar a la que tenía antes de la Gran Depresión. Y al igual que en 1929, el análisis económico se mantiene rezagado de las necesidades de la política. Esto parece confirmar la opinión de la señora Robinson en el sentido de que el análisis económico sostiene una carrera perdida contra el devenir histórico. Es una responsabilidad histórica de los economistas mexicanos, que la predicción de esta gran economista no se cumpla, al menos en el campo de la Teoría del desarrollo económico.

Al ocurrir los acontecimientos de 1929, la ciencia económica se encontraba en el limbo adonde la había llevado la falta de realismo de los economistas neoclásicos. Por ello, hasta que apareció la *Teoría general*, de Keynes, se pudo contar con una explicación precisa de la mecánica de la formación del ingreso.

En el terreno del desarrollo económico la situación no es mejor. Aún no se cuenta con una contribución similar a la que hizo Keynes, en el campo de los determinantes del ingreso y el empleo. Al convertirse el estudio del desarrollo económico en el problema de investigación más inmediato de la ciencia económica, los economistas se encontraron tan impreparados como siempre que se enfrentaron a un problema distinto, máxime que para estudiar el subdesarrollo resultaron inadecuados tanto el uso como los instrumentos mismos del análisis económico prevaleciente.

¹ P. Baran, *The Political Economy of Growth*, M. R. Press. Nueva York, 1957. (Existe versión en castellano: *Economía política del crecimiento*, F. C. E., 1959.)

² G. Myrdal, *Theory and Underdeveloped Regions*, G. Duckworth and Co. Ltd. Londres, septiembre de 1957. (Existe versión en castellano: *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, F. C. E., 1959.)

Esta falta de capacidad de los economistas para estudiar y resolver los problemas del desarrollo tanto en el terreno de la teoría como en el de la práctica es, en parte, culpa de los investigadores mismos de los países subdesarrollados que han vivido en una constante sujeción a los adelantos que la ciencia económica logra en otros países con un grado de desarrollo mayor, y que resultan inoperantes al aplicarlos a la realidad de nuestros países; sin embargo, en gran medida, las deficiencias de la ciencia económica no son sino un reflejo del atraso y falta de desarrollo de las ciencias sociales como un todo, las cuales no han podido evolucionar con la misma rapidez con que lo hacen las ciencias experimentales. En esto consiste el fracaso de nuestro tiempo.

Así como Keynes rompió los "prejuicios" de la teoría neoclásica, los economistas de los países subdesarrollados tienen la obligación de escribir sobre estos problemas, formulando teorías que surjan de la observación directa del desarrollo, sin pretender ajustar la realidad a los moldes de las concepciones teóricas prevalecientes y sin recurrir, desde luego, al escape que proporciona lo que podríamos llamar la "mitología del desarrollo", a cuya cabeza pondríamos el análisis monetario de los determinantes del ingreso y el equilibrio.

Conviene aclarar que en la formulación de la política económica de los países subdesarrollados el problema fundamental no estriba tanto en que la teoría económica no se haya ocupado suficientemente de este problema, sino en que a pesar de lo inadecuado del análisis todavía se utilice. En cierta medida esto también resulta lógico, ya que el estudio de los problemas económicos está en manos de economistas que sienten un gran desprecio por el estudio teórico. Sin embargo, estos "economistas" no escapan al dicho de Keynes de que todo "hombre práctico" termina por ser el esclavo de algún economista difunto. Es decir, que su economía, además de parcial, siempre tiene un considerable atraso.

El "economista práctico" siempre opone la realidad, o mejor dicho "su realidad", a la teoría; posición que resulta absurda, puesto que la teoría no es sino la generalización de la experiencia y la observación, y el sometimiento de los hechos a un orden lógico. Sin teoría no se puede ser científico; y, sin embargo, lo que caracteriza a nuestros países es el análisis no científico de los problemas económicos. En la práctica, las hipótesis basadas en un razonamiento lógico riguroso no son las que resultan peligrosas para la política económica, sino más bien las hipótesis de los "economistas" que por ser tácitas e inconscientes resultan muy difíciles de abandonar. Siempre resulta útil tener presente que para estos "economistas", un teórico es, sencillamente, un individuo que no comparte su forma de pensar.

Por una necesidad histórica el desarrollo no es un tema nuevo en el terreno de la ciencia económica. El problema central del pensamiento

económico del liberalismo fue el crecimiento así como los cambios institucionales que eran necesarios para hacerlo posible. En su lucha contra las interferencias estatales y de las corporaciones, el liberalismo fue revolucionario y dinámico, pues cambió radicalmente la estructura de las relaciones económicas sociales y políticas, motivando así el surgimiento del capitalismo industrial y financiero que resultó más constructivo y dinámico que la sociedad feudal, y que aceleró el crecimiento de los países hoy desarrollados a un ritmo jamás experimentado.³

Era lógico que para los economistas del siglo XIX y principios del siglo XX, el crecimiento del producto fuera el punto final del desarrollo y de la ciencia económica misma, puesto que los principales países europeos para vender su producción descansaban en la explotación colonial. En el caso de Estados Unidos, la expansión geográfica y el prodigioso crecimiento de la población proporcionaban un mercado interno creciente a pesar de la concentración del ingreso. En consecuencia, ni en los países europeos ni en los Estados Unidos tenía importancia el nivel de los salarios por sectores de ocupación, como determinante de la magnitud del mercado. La demanda efectiva no era una función de la distribución del ingreso. En cambio, el bajo nivel de los salarios y la concentración del ingreso (ahorro) sí fueron dos factores que impulsaron grandemente al nivel de la inversión privada.

Para los economistas neoclásicos, la estructura económica alcanzada era la mejor posible, ya que funcionaba dentro de un sistema de equilibrio general automático. Se suponía que cualquier perturbación de la economía ponía en juego fuerzas que restauraban el equilibrio y que este proceso de acción y reacción se efectuaba dentro del mismo espacio y tiempo; es decir, que al ocurrir un cambio, los factores que entran en acción producen una situación de tipo opuesto a la creada inicialmente. Estos supuestos no pueden ser menos realistas y lo único que prueban es la interdependencia universal de los factores económicos.⁴

Lo que resulta paradójico de la economía neoclásica es que teniendo como filosofía la teoría de la igualdad de oportunidades, no se haya ocupado de los problemas creados por las desigualdades económicas. J. S. Mill encontró una salida muy elegante al dividir al campo de la ciencia económica en dos: problemas de producción y cambio y problemas de distribución; los primeros eran objeto de estudio y solución de la ciencia económica, por lo que la intervención del Estado no sólo resultaba ociosa sino hasta perjudicial; y en el segundo caso, los problemas rebasaban el campo de la ciencia económica "pura", al transformarse en un problema eminentemente político.

³ Véase Bauer y Yamey, *The Economics of Underdeveloped Countries*, Cambridge University Press.

⁴ G. Myrdal, obra citada, capítulo 9.

De aquí en adelante la investigación económica se ocupa de los problemas de producción y cambio, e ignora la desigualdad individual e internacional del ingreso. Los economistas clásicos,⁵ se preocuparon por analizar, *ad nauseam*, el proceso de producción bajo ciertas condiciones dadas, pero sin explicar cómo habían surgido, es decir, ignorando el marco de condiciones histórico-políticas en que se efectuaba el crecimiento.

Para 1929 la concentración de la propiedad de los medios de producción había asumido grandes proporciones, lo que asestó un golpe mortal al liberalismo, ya que así se destruyó el concepto de libre competencia entre empresas individuales y el de la no interferencia del Estado o de las corporaciones en el libre juego de las fuerzas de la economía. La competencia monopolista se convirtió en el factor dominante en la determinación de los precios. Esto dio origen a un grupo de ensayos teóricos, entre los que destacan los escritos de la señora Robinson⁶ y de E. Chamberlain, que surgieron como consecuencia de la incapacidad de la teoría marginalista para explicar el proceso de formación de los precios.

El objeto de los ensayos sobre la competencia imperfecta fue demostrar que los monopolios no utilizan en su totalidad la capacidad productiva y que venden más caro que en condiciones de competencia libre "...estas conclusiones —un tanto perogrullescas— son importantes porque mostraron a los economistas académicos la estrecha conexión existente entre los monopolios y la crisis..."⁷ Por lo demás, se estaba demostrando algo que sólo los economistas se habían resistido a admitir. Estos resultados tan pobres hacen fijar la atención en el hecho de que estos economistas "...no rompieron abiertamente con el análisis marginalista sino que al contrario intentó adaptarlo a esa nueva situación. De aquí, a la vez, su gran complejidad y su relativa esterilidad..."⁸

En la historia del pensamiento económico, pocas veces se ha construido una estructura teórica tan acabada y tan inútil, como la teoría de la competencia imperfecta. Tiene uno que llegar hasta la época en que imperan las interpretaciones monetarias del desarrollo para encontrarse con un caso similar de esterilidad.

Por supuesto que el enfoque monetario no logra el nivel del rigor lógico alcanzado por la teoría de la competencia monopolística; tampoco alcanza el mismo espíritu constructivo y riguroso de las ciencias físicas, espíritu que sí está presente en el análisis geométrico de la teoría de la competencia imperfecta, y que la hace eminentemente analítica en con-

⁵ K. Marx, *Miseria de la filosofía* (Stuttgart-Berlin, 1921), p. 86, citado por P. Baran en *The Political Economy of Growth*.

⁶ L. Robinson, *The Economics of Imperfect Competition*, Londres, 1933. E. Chamberlain, *The Theory of Monopolistic Competition*, Cambridge Mass., 1932. (Existe versión en castellano: *Teoría de la competencia monopolística*, F.C.E., 1946.)

⁷ J. Noyola Vázquez, "La evolución del pensamiento económico...", *EL TRIMESTRE ECONÓMICO*, vol. XXIII, núm. 91, p. 271.

⁸ J. Noyola Vázquez, artículo citado.

traposición con el carácter meramente descriptivo del enfoque monetario. Ni aun tomando en cuenta las elaboraciones estadísticas recientes de la teoría monetaria —como la de los flujos monetarios—, se advierte dicho espíritu. Es verdad que aun con un razonamiento riguroso se derivan conclusiones falsas cuando se parte de premisas falsas, tal como le sucedió a la teoría clásica del equilibrio global, y en parte a la teoría de la competencia imperfecta, por haber utilizado los preceptos de la teoría marginalista. Sin embargo, desde el punto de vista del análisis científico ello no prueba que deba eliminarse el razonamiento lógico, ya que hay errores, aún menos excusables, como sucede en la teoría monetaria, y que consisten en que partiendo de premisas verdaderas se llega a conclusiones falsas, por defectos en el razonamiento.

El concepto del equilibrio automático del sistema se superó definitivamente con la *Teoría general*, de Keynes. En el modelo keynesiano el equilibrio en el punto de ocupación plena es la menos común de todas las situaciones que crea el libre juego de los factores económicos. En la realidad se da una serie casi continua de desequilibrios, causada por las deficiencias de la demanda efectiva para absorber, a precios lucrativos, todos los bienes y servicios que el sistema es capaz de producir.

Tomó casi cien años a los economistas aceptar este hecho señalado por Marx, con la ventaja de que él sí explicó las razones de la deficiencia de la demanda efectiva al señalar que la distribución desigual del ingreso hace que el proletariado consuma por debajo de su capacidad para producir. En estas condiciones, llega un momento en que la industria de bienes de consumo no aumenta con la suficiente rapidez para absorber la totalidad de la producción de la industria de bienes de capital, lo que trae como consecuencia la crisis y el desempleo. En esta forma, es la estructura de la distribución del ingreso entre plusvalía y salarios lo que determina la tendencia crónica al desequilibrio en la economía.

Para los economistas neoclásicos los desequilibrios eran problemas pasajeros, porque en el sistema había suficientes correctores automáticos que actuaban si se les dejaba en libertad. Todavía en la década de los años treinta el profesor Pigou atribuía la Gran Depresión a interferencias en el libre juego de las fuerzas de la economía y al alto nivel de los salarios.

Keynes no pudo sustraerse a esta interpretación simplista que los neoclásicos daban a los problemas de equilibrio.⁹ Para él también las crisis eran problemas de inteligencia humana. Los técnicos, en su concepto, no habían entendido la mecánica del problema; por eso su preocupación principal fue encontrar la explicación del desequilibrio, dejando la solu-

⁹ J. M. Keynes, *The General Theory of Employment Interest and Money*, Nueva York, H. Band Company. Ver el capítulo 2, especialmente las críticas al profesor Pigou y a Ricardo en la página 33.

ción a los "políticos" y *rehuyendo* una posición clara con respecto a la distribución nacional e internacional del ingreso.¹⁰

Desde el punto de vista del desarrollo económico, la teoría general de Keynes tiene una gran laguna, debido a que su análisis es, fundamentalmente, a corto plazo, ya que en este período corto el análisis de los problemas de desocupación se hace tomando como dados la acumulación de capital, el crecimiento de la población, el avance tecnológico y todos los demás factores determinantes de la oferta.¹¹ En esta forma se establecen los defectos básicos de la teoría keynesiana respecto al desarrollo, como sigue:

- a) Keynes no se ocupa del tipo de desempleo que causa la falta de capital real, puesto que su preocupación principal es el desempleo abierto, originado, principalmente, por deficiencias de la demanda efectiva global.
- b) Al no ocuparse de los problemas de subocupación causados por falta de capital, da como un factor pasivo el volumen y la estructura de la oferta. En rigor, todos los componentes de la oferta forman el marco de condiciones dadas en las cuales se realizan las fluctuaciones de la actividad económica.

Keynes, como la mayoría de los economistas de los países desarrollados, se preocupa unilateralmente del problema del crecimiento y la estabilidad, ya que su análisis descansa en el estudio del comportamiento de la demanda y sus efectos y sólo incidentalmente se ocupa de la productividad del sistema, porque su preocupación central, más que el crecimiento, lo es la estabilidad.

Para Keynes, el nivel del producto está determinado casi exclusivamente por el volumen de la demanda efectiva, sin tomar en cuenta las condiciones de la oferta, o sea las variaciones en el acervo de capital. Los escritores poskeynesianos, particularmente Domar, Harrod y la señora Robinson, ponen énfasis en el aspecto dual del desarrollo, que consiste en incrementos tanto en el volumen del capital utilizado, como en la tecnología. Factores éstos que Keynes no analiza porque sus variaciones son insignificantes en plazos sumamente cortos. Por esto, al ampliar el período del análisis, la teoría keynesiana produjo el florecimiento del análisis dinámico, que forzosamente tuvo que ocuparse tanto de la demanda como de la oferta misma al hacer su campo de estudio la acumulación de capital y sus formas de uso, así como el acervo de recursos naturales y de fuerza de trabajo. Al ocuparse cada vez más del crecimiento del producto que de la estabilidad de la economía, el campo de acción se fue concretando al estudio de los determinantes del ingreso real en las economías

¹⁰ *Ibid*, capítulo 18, p. 245.

¹¹ K. K. Kurihara, *The Keynesian Theory of Economic Development*, p. 100 ss., George Allen and Unwin Ltd., Londres, 1959.

incipientemente desarrolladas. El mismo estudio del problema de la ocupación cambió también de aspecto. Ya lo que preocupa no es la “desocupación” keynesiana a muy corto plazo, sino el desempleo crónico que surge de la existencia de un “ejército de reserva” de trabajadores, lo que la señora Robinson llama La Teoría Marxista de la desocupación. El “desempleo marxista” existe en los países poco desarrollados, o en las economías destruidas por la guerra, donde la desocupación es consecuencia de la falta de equipo y materiales.¹²

Además, en todos los análisis dinámicos de la economía, se encuentran sistemáticamente dos lagunas; a saber:

- a) Los factores políticos del desarrollo y,
- b) La distribución del ingreso.

Tal parece que la teoría económica actual, aun la que se ocupa del desarrollo, responde más a una necesidad de racionalizar y justificar la supervivencia de los intereses dominantes, que a la investigación sistemática y racional de las causas de la pobreza.

La experiencia enseña que, dentro de un sistema económico de empresa privada, los movimientos de la economía no tienen un carácter autorregulador. En la economía, no hay mecanismos cibernéticos. Esta ausencia de mecanismos autorreguladores es aún mayor en el caso de los países subdesarrollados porque los estímulos automáticos al crecimiento de la economía casi no existen.

Si a la economía se le deja libre, sin interferencias de ningún tipo, no se mueve hacia un equilibrio de fuerzas, sino que permanentemente se aleja de ese punto. Un cambio en la economía no pone en movimiento factores que lo compensen o nulifiquen, sino que al contrario, inducen movimientos que llevan a la economía en la dirección marcada por el cambio inicial, pero a una velocidad mayor. Esta relación de causalidad circular, hace que los fenómenos económicos sean de tipo acumulativo y que su movimiento sea permanentemente acelerado.

Es posible que un cambio inicial no desencadene el proceso acumulativo mencionado arriba, si ocurren cambios exógenos de suficiente magnitud como para nulificarlo, alcanzándose así el equilibrio, pero no como resultado de un mecanismo autorregulador automático, sino por la acción de fuerzas externas que sólo pueden ser la interferencia intencional del Estado, planeada para recuperar el equilibrio.

El crecimiento de México del período 1946-1952, es muy ilustrativo del carácter circular y acumulativo de los fenómenos económicos. El gobierno quiso acelerar el desarrollo con un ambicioso programa de obras públicas, la mayor parte de ellas productivas sólo a muy largo plazo, y el resto, improductivas, superfluas o socialmente mal dirigidas. El resultado fue un incremento muy importante en la demanda de bienes y servicios

¹² J. Robinson “Marx and Keynes”, en *Collected Papers*, pp. 133-45.

de consumo popular y como la producción de alimentos no pudo moverse con la misma rapidez, se creó poder adquisitivo para el cual no había una contrapartida de bienes y servicios. El resultado de todo esto fue la elevación de precios, agudizada por una devaluación innecesaria, disminuyéndose así el salario real por sectores de ocupación y produciéndose una mayor desigualdad en la distribución del ingreso. Al concentrarse el ingreso, la demanda efectiva de bienes manufacturados se contrajo por un múltiplo de la reducción del ingreso real por sectores de ocupación, porque el consumo de bienes manufacturados sólo representa una fracción del presupuesto familiar; esto produjo desocupación sectorial e hizo que el equipo desocupado a causa de la insuficiencia de la demanda haya resultado superior a la que se quiso eliminar con la inversión inicial. En esta forma se cayó en el círculo vicioso de bajo nivel de vida, oferta inelástica, concentración del ingreso, demanda efectiva insuficiente y bajo nivel de vida, coexistiendo los cuatro factores con repercusiones de unos sobre los otros, de tipo cada vez mayor y más rápidos. Desde luego, este fenómeno no llega al extremo del estancamiento permanente que, en teoría, es perfectamente viable, ya que la acción del gobierno para aumentar la oferta, subsidiar el consumo o controlar los precios, actuó como uno de los factores exógenos que se mencionaron arriba.

En esta forma nos encontramos con una conclusión que no por conocida, debe pasarse por alto, o sea que dentro de este proceso de causalidad circular y acumulativo, la pobreza se convierte en la causa de la pobreza misma.

El proceso acumulativo de que hemos hablado lo encontramos también cuando se estimulan los factores realmente importantes para desencadenar un proceso sostenido de crecimiento. Supongamos una región donde se establece una gran fábrica que obtiene sus obreros entre los sectores que ya tienen trabajo similar por ser los más calificados; para lograr que éstos abandonen su empleo se tendrá que ofrecerles tasas de salarios superiores a los existentes; además, otros grupos de trabajadores desocupados o trabajando en ocupaciones inferiores, llenarán el lugar de los obreros que han cambiado de labores, iniciándose así un proceso de desplazamiento ocupacional que implica un aumento en los ingresos reales por sectores de ocupación. Los negocios en la localidad mejorarán por el aumento de la demanda; más trabajadores y capital afluirán para aprovechar las oportunidades de inversión y trabajo mejor retribuidos. El establecimiento de nuevas actividades o la ampliación de las existencias amplifica el mercado por su efecto sobre los ingresos y la demanda; el aumento de ésta, produce un efecto similar en las ganancias haciendo que la inversión vaya por delante de la tasa de ahorros, lo que a su vez aumentará la demanda y las ganancias; de aquí en adelante, la magnitud creciente de las economías internas y externas (entendidas en un sentido más amplio para in-

cluir la existencia de una clase trabajadora calificada, comunicaciones, fácil acceso a las fuentes de energía e incluso de materias primas, servicios públicos abundantes y una mayor integración de la actividad regional), sostendrán el crecimiento de la actividad económica en la región, incluso a costa del estancamiento o franca regresión de las zonas circundantes, fenómenos que, por lo demás, han estado presentes en todo el desarrollo económico que México ha logrado en los últimos 25 años.

En esta forma el proceso acumulativo de crecimiento crea desigualdades regionales de ingreso y desarrollo, ya que las condiciones propicias para el crecimiento en una zona, atraen no sólo a la población sino también al capital. En otras áreas, la falta de un mecanismo de expansión hace que la demanda de capital sea relativamente débil aun comparándola con la oferta de ahorros; en consecuencia el aparato financiero servirá para absorber los ahorros de la región pobre y canalizarlos a la inversión en las zonas más progresistas donde las ganancias son altas y seguras. Este proceso es válido lo mismo entre países, como entre regiones de un mismo país. Los 700 millones de dólares de depósitos de mexicanos en el exterior, confirman lo anterior.

Un proceso acumulativo de tipo expansionista puede desencadenar una variación en la relación del intercambio por su efecto sobre la ocupación, los ingresos, la demanda efectiva y el nivel y estructura de la producción. Sin embargo, lo importante es distinguir que el libre juego de las fuerzas del mercado tiende a aumentar más bien que a disminuir las diferencias regionales de ingreso. Si no se interfiriera de un modo intencional con ellas, las industrias, las instituciones financieras y de comercio, de transporte, etcétera, tenderán a concentrarse en las regiones más desarrolladas.

En el nivel internacional, puede afirmarse que el comercio más que reducir las desigualdades de ingreso entre los países, las acentúa. Por lo general, el fortalecimiento de la demanda internacional favorece a los países desarrollados cuyas industrias están en una situación de técnica productiva que no admite competencia; en cambio, los países subdesarrollados no sólo no pueden competir con ella sino que tienen que proteger la industria local para que no desaparezca ante la competencia del exterior. Esto sucederá a pesar de que el nivel de salarios en los países subdesarrollados es muy inferior al de los países ricos, pero es que el costo está determinado cada vez más y más, por el alto nivel técnico de la producción en gran escala, y nuestros países aún no pueden producir en masa porque los grandes sectores de la población aún carecen de la capacidad de compra necesaria para consumir su producción.

El efecto principal del comercio internacional sobre los países subdesarrollados ha sido su especialización en la producción de materias primas, con técnicas rudimentarias y trabajo poco calificado. Su producción

cuenta con una demanda que crece al ritmo de aumento del Producto Nacional Bruto de los países desarrollados que constituyen el grueso del mercado. Por otro lado, la demanda de importaciones de los países subdesarrollados, tiene una mayor elasticidad porque está determinada por el crecimiento del ingreso monetario.

Este desequilibrio en las relaciones comerciales no es compensado en la actualidad por los movimientos internacionales de capital. Aunque el capital es escaso en los países subdesarrollados, su necesidad no constituye una demanda efectiva en el mercado de capitales, ya que, al contrario, si no fuera por los controles de cambios y el estímulo que los gobiernos brindan al capital asegurando altas tasas de utilidades, la fuga de capitales hacia los países desarrollados sería aún mayor. Y es que en los países desarrollados, el crecimiento de la población, las innovaciones técnicas y el aumento del consumo global, a pesar de las fluctuaciones cíclicas, son suficientes para que la demanda efectiva alcance un nivel que mantenga a la economía en crecimiento. En estos países, la intervención del Estado es compensatoria, sobre todo porque hay una tendencia creciente a una mejor distribución del ingreso.

Una característica común a todos los países subdesarrollados es la ausencia de los estimulantes automáticos del desarrollo.

En estas condiciones, surge con toda su importancia la necesidad de una mejor distribución del ingreso, no por razones de tipo ético sino de simple supervivencia. En los países subdesarrollados la formación de capital se mueve con un mayor paralelismo al volumen y estructura de la demanda que aun en los países ricos. El volumen del ahorro y la formación de capital son variables independientes, dependiendo esta última de la magnitud y estabilidad del mercado.

Ahora bien, no es lógico pensar en redistribuir el ingreso independientemente del volumen y estructura de la oferta, porque se generarían presiones inflacionarias irreprimibles que afectarían adversamente la distribución del ingreso y el equilibrio externo. Las presiones inflacionarias producen desplazamientos de ingresos de los sectores populares a los de alto ingreso, que reducen el mercado interno para las industrias de más arraigo y, al constituir los grupos de alto ingreso el único mercado interno de importancia, la inversión se canaliza a la producción de los artículos que demanda dicho grupo, deformándose así tanto el volumen como la estructura de la inversión, de la producción y la demanda.

La existencia de una diferencia en tiempo entre el gasto y el incremento de producción, hace que el equilibrio entre demanda efectiva creciente y oferta inelástica se restablezca:

- a) Por un incremento del excedente de importaciones, y
- b) Por una elevación de los precios.

La importancia relativa de estos dos factores dependerá de la relativa

inelasticidad de la oferta global y de la disponibilidad de divisas para satisfacer con importaciones la demanda en aumento.

Si al reducirse la demanda, la contracción del ingreso hace incosteable la inversión productiva, es lógico que se llegue a una situación donde el móvil de la inversión no sea exclusivamente la tasa de ganancias. Por esto, quienes más abogan por el sistema de empresa privada, son quienes menos deben oponerse a que el trabajo tenga una mayor participación en el ingreso adicional creado por el desarrollo, porque si la concentración del ingreso hace difícil la inversión privada, es obvio que los dos se vuelven excluyentes y la forma de romper el círculo vicioso es que la libertad de empresa deje su lugar al Estado como inversionista y empresario.

El desarrollo resulta un problema demasiado serio e importante para dejar que lo resuelvan las fuerzas del mercado, los determinantes del precio o el albedrío individual. Es más, puede afirmarse que una política de desarrollo va acompañada de una intervención del Estado, que resulta incompatible con la concepción ortodoxa del liberalismo, porque implica que el Estado asuma la responsabilidad de suplir los estimulantes automáticos del desarrollo, y la de guardar el equilibrio externo, lo que significa intervenir en la selección de las inversiones y sujetar a la economía a un estricto control en sus relaciones con el exterior.

El problema más urgente al que se enfrentan los países subdesarrollados es la necesidad de contar con una política nacional de desarrollo económico que conduzca a la formulación y ejecución de un plan económico por parte del Estado, lo que no excluye que el sector privado tenga un papel importante dentro de la formulación y ejecución del plan, en la medida en que se conserve el sistema económico de empresa privada. El plan debe ser un programa en el que se formule la estrategia que va a seguir el Estado, para aplicar una serie de medidas de intervención o interferencias con el juego de las fuerzas del mercado. Debe influir en ellas de forma tal que se inicie el proceso causal de tipo circular y acumulativo que debe producir un incremento del producto total y una mejoría en su distribución, y garantizar el mantenimiento de condiciones propicias para el crecimiento sostenido.

El plan económico, para que sea práctico, debe tomar en cuenta que los llamados objetivos sociales y los económicos frecuentemente entran en conflicto; éste desaparece en cuanto garantiza que los beneficios futuros del desarrollo vuelven a los mismos sectores que lo hacen posible con sus sacrificios presentes, porque no hay otro camino para el desarrollo que aumentar la proporción que del ingreso total se sustrae el consumo y se dedica a la inversión. Esto implica, a veces, una política de austeridad y de sacrificios, que no tiene por qué ser igual a la que se siguió en los países con un sistema de planeación central, pero sí a la que implantaron

los países capitalistas durante las emergencias bélicas. ¿Qué emergencia puede ser mayor que la guerra constante en contra de la miseria?

En países como los nuestros, es evidente que la planeación será deficiente. Su principal enemigo es la estructura gubernamental, deficiente y en muchos casos corrompida, pero la otra alternativa es el estancamiento o la regresión económica.

En la ejecución del plan económico deberá abandonarse el mecanismo tan crudo que representan los costos, precios y ganancias previsibles, como determinantes de la inversión necesaria para iniciar el proceso acumulativo de expansión. El objetivo del Estado no es la competencia con el sector privado por las inversiones más redituables, sino llevar a cabo las inversiones que tengan un efecto acumulado mayor sobre el ingreso real de la comunidad, influido por variables tales como la extensión de las economías externas que produzcan las inversiones. Es decir, que la inversión estatal debe hacerse con un doble criterio; por una parte el efecto que cause sobre el ingreso global y por la otra las ganancias sociales que produzcan.

El proceso de expansión no debe planearse en términos convencionales, sino en términos de proyectos concretos de inversión, de sus efectos individuales y de conjunto sobre el volumen de la producción, de la demanda de ocupación, etc. Dichos efectos deben calcularse para cierto número de años, dirigiendo la atención al proceso circular de acciones e interacciones entre los distintos factores que operan en el proceso. Estos cálculos podrán ser un tanto cautos, pero serán más útiles que las mediciones convencionales de cantidad de dinero en circulación, ahorro, captación de ahorro, ahorro voluntario y forzoso y todas esas ocupaciones intrascendentes tan de la preferencia de los economistas "modernos".

El plan debe determinar la acción de la comunidad entre distintas alternativas posibles. Esta selección es una decisión de política tomada por el Estado, pero ejecutada por él o por el sector privado. Quién debe hacerlo es un problema práctico más que de análisis y, para los efectos de cumplir con el plan, es una decisión que no tiene importancia. Qué deba hacer la iniciativa privada y qué el Estado, es algo, de nuevo, que no debe decidirse con un criterio comercial exclusivamente. Un programa de ayuda fiscal, puede hacer atractiva una inversión con futuro aunque carezca de presente.

Estos principios también son aplicables al comercio internacional. Los países subdesarrollados necesitarán comprar cantidades crecientes de bienes de capital, materias primas y, en algunos casos bienes de consumo. Por el otro lado, se encuentran con una demanda inelástica para sus exportaciones, con precios muy inestables incluso como resultado de la política de exportaciones de estos países. En estas condiciones, se tendrán que sujetar las importaciones a un presupuesto de divisas, en el que se

establecerán contingentes cuantitativos de importación y restricciones a las importaciones de lujo o no indispensables.

Estos cambios inducidos en la composición del comercio internacional, tienen que compensarse con incrementos de producción interna a fin de que no causen presiones inflacionarias, y deberá regularse el consumo —con impuestos muy altos— de artículos de lujo, para que su demanda no cree incentivos para su producción interna.

En la medida en que la producción aumenta, deberá buscarse que haya una tasa dada de sustitución de importaciones, para romper el paralelismo estrecho que existe entre crecimiento del ingreso monetario y la demanda de importaciones. En esta forma se conseguirá la estabilidad externa, y la interna estará determinada por la composición de las inversiones y sus efectos relativos sobre el ingreso de los sectores populares y los de alto ingreso y sobre el volumen y composición de la producción.

El profesor Myrdal cree, y en ello estoy totalmente de acuerdo, que el papel del economista en los países subdesarrollados, en vez de enfascarse en las controversias teóricas de los países desarrollados, muchas de las cuales ya tienen más de 100 años, deben dedicarse a seleccionar con cuidado lo que sea útil de estas formulaciones teóricas, desechando el resto, y luego proceder a hacer sus propias estructuras teóricas que se ajusten a la realidad de su medio. Entonces encontrarán que una gran parte de la teoría existente resulta útil una vez que se le ajusta a la diferencia de medio y de condiciones históricas.

Esta nueva orientación de la teoría económica, ganará en realismo porque toma en cuenta las desigualdades de ingreso, implica la liquidación definitiva del *laissez faire* y de la libertad de comercio así como de la doctrina del equilibrio general. Anula la distinción entre factores “económicos” y “extra-económicos” en el análisis, porque implicaba descartar los últimos, en los que se incluía todo lo que producía desequilibrio. La teoría del desarrollo económico tendrá que utilizar todos los factores que sean importantes en la determinación del proceso acumulativo de expansión, independientemente de la disciplina social a que pertenezcan. En esta forma, la economía teórica se habrá transformado en una teoría social y, entonces, quizá el hombre común, que raras veces se equivoca, dé a los economistas la misma categoría que da a los demás profesionistas, especialmente a los de las otras ciencias experimentales, porque sus teorías se verán confirmadas por los hechos de la experiencia.